

DRA. MIRIAM LEVY (psicóloga clínica)

Estoy esperando la llegada de mi nueva paciente sin sospechar que en menos de una hora se revelará como la más interesante que he tenido jamás.

Se llama Barb Colby. Cuando hablamos por teléfono me dijo que tenía veintiséis años, pero a la mujer que entra en mi consulta con paso vacilante yo no le echaría menos de cuarenta. Tiene bastante sobrepeso, es alta, lleva gafas y tiene el pelo gris y encrespado. Sin embargo, al observar su cara con más atención advierto que no tiene arrugas. Tal vez no me haya mentido sobre su edad.

Se sienta.

–¿En qué puedo ayudarla? –le pregunto.

–Mi madre quiere que haga terapia, es su último deseo.

–Vaya, cuánto lo lamento. ¿Su madre se está muriendo? –Lo anoto en el cuaderno.

–No, disfruta de una salud espléndida, afortunadamente. Hace tiempo que me lo pidió. Quiso que el deseo se lo concediera de regalo de cumpleaños, pero entonces yo no le hice caso.

Tacho lo que he anotado.

–¿Por qué quiere su madre que haga terapia?

–Porque mi visión le disgusta.

–¿Su visión de... la vida? –sugiero, procurando no soltar una segunda impertinencia.

–Podría ser, pero yo me refiero a la visión de mi cuerpo. A mi aspecto.

–Ah. ¿Y ella cree que lo mejor es abordar el asunto psicológicamente?

–Sí.

–¿En vez de apuntándose a un gimnasio o con un cambio de look, por ejemplo? –pregunto para confirmar.

–Exacto.

–¿Y qué es lo que no le gusta de su aspecto? –La respuesta parece evidente, pero más vale no volver a dar nada por sentado.

–No le gustan ni mi pelo ni mi gordura ni mi ropa ni mis gafas.

Voy tomando notas en el cuaderno mientras habla. Asiento con la cabeza.

–Entiendo –digo–. Me alegro de que su madre la haya convencido de que busque ayuda. Creo que yo podré ayudarla. En la consulta trato a muchas mujeres con la autoestima baja. Creen que no son atractivas, pero el modo en que la sociedad actual...

–Yo no me considero poco atractiva –dice ella.

–Muy bien. Fantástico. De todos modos, eso no es algo en lo que las mujeres reparen de forma consciente. Así que me gustaría que estuviera abierta a la posibilidad de que tal vez, en el fondo, se sienta usted poco atractiva sin ser consciente de ello. Y si ése fuera el caso, podría llegar a creer que tratar de mejorar su aspecto no tiene ningún sentido.

–Sí, pero no. No me considero poco atractiva. Y a nivel inconsciente tampoco.

Sonrío.

–Tratándose del inconsciente, eso no puede saberlo.

–Sus comentarios están totalmente influidos por el hecho de que usted sí me considera poco atractiva –me responde–. Si le pareciera guapa no daría a entender que inconscientemente me veo fea.

–No hace falta que se ponga a la defensiva. Y, de todos modos, lo que yo piense no importa. Lo que importa es lo que piensa usted. Quiero ayudarla a verse guapa.

–Yo ya me veo guapa.

–Me alegro. Y me gustaría conseguir que, pasito a pasito, fuera usted trabajando su aspecto cada vez más, si eso es lo que quiere.

–Yo ya trabajo muchísimo mi aspecto.

–Supongo que su madre no pensará lo mismo, ¿me equivoco? Por eso está usted aquí.

–Sí, piensa lo mismo que yo. Lo que quiere es que lo trabaje menos.

–¿Menos? ¿En qué sentido le gustaría que trabajara menos su aspecto? ¿Podría ponerme un ejemplo?

Se queda callada.

–Eso no debería costarle demasiado, ¿no?, darme un solo ejemplo –le digo entrelazando las manos (con aire de suficiencia, lo confieso).

–No, en absoluto –responde.

–Pues bien, soy todo oídos.

–No los va a necesitar. Lo que va a necesitar son los ojos –me dice quitándose las gafas y dejándolas en la mesita que tiene al lado.

Mete la mano en el bolso y saca un frasquito de plástico. Desenrosca la tapa. Se lleva los dedos a los ojos y se quita las lentillas marrones, que deja caer en el frasquito de plástico.

Me mira, y esa mirada es deslumbrante. Recuerda el efecto de la luz al atravesar un cristal color turquesa.

Se levanta, hunde las manos en su pelo encrespado y gris y se lo quita, descubriendo una melena increíblemente larga, rubia y sedosa. Arroja la peluca a una silla.

Mientras intento recobrar la compostura y pensar en algo que decir, empieza a desabrocharse la camisa. Se la quita. Debajo lleva una chaqueta que, tras bajarse la cremallera, también se quita. Se queda en camiseta de tirantes. Tiene el torso delgado, los pechos generosos y los brazos tonificados.

Sin apartar de mí su penetrante mirada turquesa, se baja la cremallera de los vaqueros y se los quita. Luego se baja la cremallera de los pantalones que lleva debajo, de grasa postiza, y libera sus piernas largas y esbeltas de las gruesas perneras. Arroja esa falsa gordura sobre la ropa que ha ido apilando en una mesa del rincón. La pila se agita como una montaña de gelatina.

Barb se saca de la boca una dentadura postiza y la deja en la mesita, al lado de las lentillas. Sus dientes no me habían llamado especialmente la atención por feos, pero ahora, no sé por qué, sin esa dentadura la forma de la boca mejora considerablemente. Sus auténticos dientes son preciosos. Su rostro, enmarcado por ese pelo tan bonito y realzado por sus dientes de verdad, resulta ahora de una belleza manifiesta.

Necesito tiempo para pensar, unos días tal vez. Siento que me han puesto en un aprieto.

Mi nueva paciente está en mi consulta en ropa interior. Majestuosa. Probablemente sea la mujer más bella que he visto. Me recuerda a uno de esos superhéroes cuando ya se han quitado la ropa de diario. Está lista para pasar a la acción. Casi espero que abra la ventana y salga volando de la consulta.

El efecto queda algo diluido cuando, incómoda, se rasca el brazo,

aunque esa demostración de incomodidad es del todo comprensible, si tenemos en cuenta que su terapeuta la está mirando con la boca abierta.

–¿Ahora lo entiende? –pregunta.

Miro la nota de mi cuaderno, que reza: MADRE QUIERE QUE TRABAJE MÁS ASPECTO. Tacho la palabra «más» y la sustituyo por «menos».

–Entiendo, entiendo –digo–. ¿Con qué frecuencia se pone este disfraz?

–Casi siempre.

–¿Por qué?

–Mi verdadero aspecto me resulta poco práctico.

–Pero el disfraz es menos práctico todavía. ¿No le pesa?

–Sí, un poco. Pero con él me siento mucho más ligera. Ir dejada es muy liberador.

–¿Liberador en qué sentido?

Se encoge de hombros.

–Me ahorro agobios.

–¿Qué agobios?

No responde.

–¿Cuándo empezó a ponerse el disfraz?

–Hará casi dos años.

–¿Pasó algo?

No responde.

Se lo repito.

–¿Pasó algo, hace casi dos años, que la llevara a ponerse este disfraz?

De repente se la ve débil y visiblemente molesta. Se sienta y se echa la camisa encima; ya no me recuerda a un superhéroe, sino a la niñita perdida de un cuento de hadas. No dice nada.

–Cuénteme qué pasó –la animo en voz baja; imagino maltratos, acoso sexual, posiblemente violación.

Noto que lo está pasando mal. No quiere llorar, pero si trata de hablar acabará llorando.

Opto por una vía distinta.

–A la gente le sorprenderá verla así por la calle. ¿Qué cree que deben de pensar?

–Pensarán que soy gorda y fea, seguro.

–No, me refiero a las personas que hace más de dos años que la conocen.

–Piensan que me he vuelto gorda y fea.

–¿De verdad? ¿Hay alguien, aparte de su madre, que sepa que eso no es más que un disfraz, que su aspecto actual no es ése?

–Sólo mis cuatro mejores amigos.

–Si yo les preguntara a su madre o a sus cuatro mejores amigos por qué se disfraza así, ¿qué me dirían ellos?

Se hunde todavía más en la silla, nuevamente incapaz de responder.

–¿Qué me dirían? –repito.

BARB

En cuanto termina la sesión me voy corriendo a casa, me visto para salir, sin quitarme el traje de gorda, y descubro que mi amiga Georgia ya está en la calle, delante de mi edificio, esperándome en un taxi. Me subo al coche a toda prisa y me siento a su lado. Se corre en el asiento para hacerme sitio, todo el que necesito.

Sobre su regazo descansa un ramo de girasoles.

–¿Para Lily? –pregunto.

Asiente con la cabeza.

El taxista arranca. Le digo que vaya tan deprisa como pueda porque llegamos tarde al concierto de Lily. O a la misión que ella nos ha encomendado para antes del concierto, más bien. Con veinticinco años, Lily es la más joven de los cinco integrantes del grupo y la que más talento tiene. Nos ha pedido que lleguemos con tiempo para decirle si Strad, el capullo del que está enamorada, aparece.

–¿No te gustaría poder ir a la tienda de Strad y zandearlo a base de bien y decirle: «¿Estás ciego o qué?» –le pregunto a Georgia, mirándola mientras el taxista zigzaguea entre el tráfico–. «¿No ves lo extraordinaria que es Lily?»

–Ése es el problema. Que no es ciego.

–Georgia, por favor.

El taxista pega un volantazo a la izquierda y Georgia se da un golpe contra la puerta.

–¡Ay! –grita tocándose el hombro derecho.

Yo, por mi parte, pierdo el equilibrio y voy a parar en medio del asiento trasero, en el espacio que queda entre las dos.

–¡Eh, cuidado! –me grita Georgia cuando me ve tumbada sobre su portátil.

–¿Por qué lo llevas? ¿Piensas escribir durante el concierto?

Antes de que pueda responder, el conductor da un volantazo a la derecha, y esta vez es Georgia quien aterriza sobre el portátil y yo quien se da

un golpe contra la puerta, aunque gracias a mi grasa postiza, que rebota y me devuelve a mi sitio, no me hago daño.

–Quién sabe –responde Georgia–. Me gusta escribir escuchando la música de Lily.

Georgia Latch es una escritora de éxito. Las cinco novelas que ha publicado han sido aclamadas por la crítica, se han traducido a doce idiomas y figuran en los programas de varias universidades. La segunda, *El ángel líquido*, la han llevado al cine. Georgia cree que todavía tendría más éxito en su carrera si fuera más prolífica, pero su proceso de escritura es lento. Se desvive por dar con un método que le permita escribir más. El último ha consistido en llevarse el portátil allá donde va, con la esperanza de poder ir avanzando.

El tráfico se hace más denso y el taxista ya no puede ir serpenteando. Estamos en un atasco.

Por fin, tarde, llegamos a Zankel Hall, una sala del Carnegie Hall. Angustiadas por nuestro retraso y sin querer perder ni un minuto, pagamos y abrimos la portezuela del taxi antes de que se haya parado del todo. Un peatón con un móvil que está esperando taxi irrumpe en la cabina en cuanto nosotras nos bajamos a la carrera.

A medio camino de la entrada del auditorio, Georgia se detiene en seco.

–¡El portátil!

Damos media vuelta. El taxi ya no está.

–No, no, no, no, no –dice, y suelta los girasoles.

Como no hemos pedido factura, no tenemos el número de placa del taxi.

Georgia está encorvada con las manos en las rodillas.

–¡Dios mío! –repite.

Me ha dicho muchas veces que creía que la novela en la que llevaba trabajando los últimos años sería su gran hito, la que más premios le valdría, la que mejores críticas cosecharía, la que más ejemplares vendería; esa misma novela es la que en estos momentos está dando un paseo por la ciudad de Nueva York en un taxi que se ha esfumado. Georgia lleva tres años y medio sin hacer una copia de seguridad de su trabajo, desde que se le rompió el disco duro externo cuando estaba acabando su última novela. Y no había encontrado el momento de comprar uno nuevo.

–¿Le has enviado una copia por email a alguien? ¿O a ti misma? –le pregunto–. ¿Lo tienes impreso?

–No, no y no. Nunca se lo he enseñado a nadie.

Cojo el ramo de girasoles y rodeo a Georgia con el brazo para levantarla.

–Llamaré a la empresa de taxis. No pararé hasta que te devuelvan el portátil.

La conduzco al interior del edificio. Nos sentamos en un banco del vestíbulo. Georgia llora con la cara entre las manos. Al cabo de diez minutos de llamadas infructuosas que del servicio de información telefónica pasan a la Comisión de Taxis y Limusinas, acabo hablando con la comisaría de Central Park, donde me dicen que de momento nadie les ha informado de la aparición de un portátil y que llame más tarde para ver si hay novedades.

Georgia me mira con ojos llorosos. Tiene la cara roja e hinchada, y mechones de pelo negro y corto pegados a las lágrimas de sus mejillas.

Nuestro amigo Jack Felsenfeld sale del interior de la sala. Aunque sólo tiene veintinueve años, cojea y lleva bastón.

–¿Qué hacéis aquí? –pregunta–. Penelope y yo hemos llegado hace media hora.

Le cuento lo que ha pasado.

Apoya el bastón en el banco y se pone en cuclillas delante de Georgia. Le coge las manos, levanta la cabeza, me mira y pregunta.

–¿Habéis llamado a la comisaría de Central Park? –Jack era agente de policía y sabe de estas cosas. Podría haberme ahorrado tiempo.

–Sí –contesto.

–Tenéis que seguir llamando. Alguien podría entregarlo.

–Déjame entrar al camerino a saludar a Lily –le digo. No me olvido de a qué hemos venido–. ¿Strad ha venido?

–Nadie lo ha visto todavía.

Entro en el camerino de Lily justo cuando sale el periodista de la revista *Rolling Stone*, que ha estado entrevistándola.

Cierro la puerta del camerino tras de mí.

Sólo estamos Lily y yo. Y el espejo.

Los espejos adquieren un significado completamente distinto en presencia de Lily. Se convierten en un silencio muy elocuente.

–¿Qué tal lo llevas? –le pregunto.

–Bien.

Está delante del lavabo, remojándose las manos en agua caliente, como hace siempre antes de cada actuación.

–¿Estarás bien si Strad no aparece? ¿O si aparece?

–Lo intentaré.

Sé que si Strad no aparece eso la dejará destrozada.

–De parte de Georgia –le digo cuando le doy los girasoles.

–Qué detalle.

Pone las flores en un jarrón lleno de agua.

Decido no contarle lo del portátil de Georgia, por si la noticia pudiera afectar los preparativos.

–Eres fantástica, no lo olvides. Lo harás de maravilla. Caerán rendidos a tus pies –le digo mirándola a los ojos muy seria. La abrazo.

Lo triste del asunto es que, ahora que ya hace ocho años que la conozco, me parece guapísima. El afecto ha distorsionado mi percepción. Sé cómo deben de verla los demás porque recuerdo cómo la veía yo cuando la conocí. La fealdad de sus rasgos y de su disposición me había dejado sin aliento en varias ocasiones. Me descubría deseando que cambiara de expresión, pero cada vez que lo hacía, la nueva configuración era todavía peor que la anterior.

Lily no está desfigurada. No tiene ninguna malformación en la cara ni sufre ninguna anomalía médica. Sencillamente, es muy fea, y su fealdad es de la que no se puede operar. Cualquier intento de mejorarla sería fatal. Cambiar la distancia entre los ojos no es quirúrgicamente posible. De hecho, ese rasgo facial es uno de los pocos que no puede modificarse, pero la proximidad excesiva de sus ojos no es más que uno de tantísimos defectos. Lily tiene, sin embargo, un rasgo atractivo, que, ironías de la vida, son los ojos; pero sólo cuando los miras de uno en uno, de forma aislada.

El cuerpo, en cambio, lo tiene bien, pero eso da igual, porque la gente siempre se fija en su cara.

A pesar de que acostumbrarse a la visión de Lily lleva su tiempo, en cualquier otro aspecto es absolutamente encantadora.

Cuando regreso a nuestros asientos, Jack y Georgia están charlando en voz baja. Nuestra amiga Penelope, suntuosa y magníficamente vestida, recorre el pasillo de la otra punta de la sala, arriba y abajo, atenta a la llegada de Strad.

Él no aparece. Lily toca de maravilla, pero durante el concierto no puedo sacarme de la cabeza lo triste que es que una persona con el talento de Lily sufra tanto por alguien como Strad.

Después del concierto, al final de este día raro y triste, cuando llego a mi edificio el portero masculla: «Mala puta».

Sus insultos no son nada nuevo. Empezaron de forma gradual hará unos tres meses. Doy por buena su afirmación de que yo no he hecho nada para provocarlo, porque no se me ocurre de qué podría tratarse. Temo que sufra alguna enfermedad mental. El síndrome de Tourette, tal vez. Eso despierta en mí una actitud protectora.

No creo que sus insultos puedan estar relacionados con mi disfraz, sobre todo porque cuando un año atrás me mudé a este edificio ya hacía mucho tiempo que lo llevaba. Ninguno de los porteros ha visto mi verdadero aspecto, y no tienen ni idea de que no es éste.

Esta noche no estoy de humor para acusar recibo de su insulto, pero puede que un día lo anime a buscar ayuda profesional para su posible trastorno. Eso me recuerda que tengo que hacer una llamada.